

Punto de vista en *País portátil* del venezolano Adriano González León

Edith Pérez Sisto

(Universidad Simón Bolívar)

Fanny Ramírez de Ramírez

(Universidad Experimental Libertador, Pedagógico de Caracas)

En la ciudad el elemento importante, que todos los que vivimos en ella olvidamos, es “el hombre”, al menos en su dimensión humana, metafísica, si se quiere. Se nos presenta así una producción narrativa que, en la medida en que transforma la realidad, la está recreando en sus aspectos más universales, y aunque se habla de un lector virtual, en la ficción novelesca, en cuanto enunciación, existe un ente que une al mundo ficcional propiamente dicho, con su referente real. Este ente de unión o enlace somos los lectores reales que tenemos por misión decodificar y codificar, pero participando activamente de la ficción narrativa desde nuestro propio punto de vista como lectores participativos (ISER, 1978). *País portátil* calificada como una de las grandes novelas venezolanas y este año celebra su 40 aniversario de publicación, nos encontramos como en todo mundo urbano de nuestra época, dos elementos que, aunque marchan juntos (en lo externo), andan por senderos diferentes: el hombre y la ciudad misma. “Se trata de una novela que colocaba momentáneamente a Venezuela en la punta de lanza de la creciente novelística hispanoamericana” (LÓPEZ ORTEGA, 2008).

El hombre: búsqueda de su identidad

Al plantear el problema del hombre, en lo que se refiere a la búsqueda de su identidad en *País portátil*, Premio Biblioteca Breve de Seix Barral en 1968, nos referimos a Andrés Barazarte, sin que esto signifique que no haya otros personajes que presenten características similares, en algunos de sus aspectos, al menos. Andrés inmigra del campo o pueblo (Trujillo) hacia la ciudad (Caracas), y trabaja como publicista, actividad que no lo llena espiritualmente. Vive en la ciudad solo y busca adaptarse a un mundo que le es hostil y adverso. En todo momento, este actante no se nos presenta con contornos fijos. Es un personaje que se hace y deshace a cada momento, y nos atrevemos a decir que él es el antihéroe de la novela. Creemos que se va degradando a cada instante, poco a poco, hasta que al final se convierte, ante las torturas, en lo opuesto de lo que debería ser un revolucionario: decidido, valiente, seguro de sí mismo. Rente a ello podríamos preguntarnos ¿Será casual la visión que ofrecen de Andrés él mismo y los que lo rodean? ¿Qué lo impulsa a actuar así?

Él es el producto resultante de la ciudad de Caracas, donde el cotidiano de la urbe envuelve al personaje. Todo presentado en forma violenta, conflictiva, caótica, valiéndose de técnicas cinematográficas. El eje accional que determina las relaciones actanciales de Andrés Barazarte con los demás personajes, es la duda, el miedo, ya que lo vemos en esta actitud — que lo define —, hasta el final de la novela. Inmerso definitivamente en la vida revolucionaria, necesita de la presencia de Delia para responsabilizarse de cualquier acción política, y siempre busca en su mirada o en su palabra, el apoyo que necesita para no caer. Piénsese, por ejemplo, en los mítines relámpagos del Guarataro, donde el pánico lo invade, y busca en sus ojos el aliciente. En el momento final de la novela, cuando los demás compañeros no pudieron esperarlo ya más, y Eduardo le deja una nota en donde le dice que se va a la montaña (guerrilla), Andrés caerá preso y delatará. Una vez más el miedo y la cobardía lo destruirán a él y a los que le acompañaban en la lucha política, con lo que la búsqueda de identidad llega a su negación absoluta y definitiva.

Como obra de final abierto que es, cada lector puede concluir *País portátil* de diversa manera, y éste es el final que se ajusta a lo que queremos presentar con respecto al personaje, lo que además el mismo Barazarte lo señala. Cuando decíamos que Andrés se presenta como un antihéroe es porque lo que acontece realmente en la novela es que un joven llamado Andrés Barazarte iba a cumplir una misión política como miembro de la guerrilla urbana: destruir las instalaciones eléctricas de Tocoa. Debe recorrer la ciudad desde el este (Av. Francisco de Miranda), hasta Catia, y para ello se vale de varios medios de transporte (autobús, carro libre), acosado por la angustia de llegar tarde y a la vez, por el deseo de que no llegue el momento crucial en que debe enfrentarse con valor y decisión a la misión que se le ha designado.

Toda esta situación de angustia existencial, ante una vida llevada, o arrastrada sin ninguna decisión personal, ante nada, lleva a Andrés a monologar consigo mismo para recriminarse, y hasta en varios momentos se presenta fluir de la conciencia. Sólo unos bocinazos mientras él va en el tráfico de la ciudad, le permite hacer una mezcla absoluta de pasado y presente, recordar a su tía Hortensia, en donde el aceite permite evocar las situaciones más disímiles, con situaciones religiosas etc.; todo ello, en buenas ocasiones apoyado formalmente en la ausencia o poco empleo de los signos de puntuación, lo que nos da a los lectores esa visión caótica propia de un fluir de conciencia. Estos monólogos le permiten reconstruir dos tiempos pasados: uno muy distante en Trujillo (desde 1.860), en donde el prototipo del héroe, como macho, valiente, que imponía su voluntad y su sexo eran los Barazarte, y muy especialmente su bisabuelo: Epifanio. Pero, es de notar cómo en la misma familia se va degradando este prototipo, según refiere Papá Salva (abuelo), al hablarnos de José Eladio (tío) y Nicolás (padre), hasta llegar a Andrés, en quien no permanecen ninguna de esas cualidades, quien, al remontarse a ese pasado, lo añora en busca de las cosas perdidas aquí en la ciudad. Busca el asidero para dejar definitivamente la duda y el miedo que lo acosan, pero su intento es en vano. Trata de buscar en sus

antepasados, en él, ese valor, como ya señalamos, y al no lograrlo, reniega de su propia existencia, y condición, y a cada instante las palabras de su abuelo lo torturan: “Aprendé, aprendé a ser hombre...”. Reconstruye además su pasado reciente, o mejor dicho lo evoca (Caracas). Es el de su actividad política y en el que se opone claramente a los demás jóvenes revolucionarios: el Catire, Delia, Eduardo mismo.

Andrés no consigue asideros de ningún tipo: ni en él mismo, ni en la actividad política, ni en sus antepasados, y en este sentido él ha sido absorbido por la ciudad. El medio lo ha aniquilado. Creemos que el fin último de *País portátil* es presentarnos esta visión del hombre, que no creemos llegue a planteamientos metafísicos profundos, ni profunda duda existencial, puesto que Andrés no se lo propone en estos términos, sino que simplemente siente y padece su cobardía.

Vista en la distancia por su autor, la novela sigue teniendo vigencia toda vez que en el año 2004 su autor declarara en una entrevista cómo “el país ahora es ultraportátil” porque han pasado de hacerlo portátil desde el punto de vista económico como lo planteara entonces, a casi acabar con él en el momento actual; de allí quizás la profunda angustia con la que vive su venezonalidad, como lo manifestara en una entrevista que se le hiciera en el año 2007 para una edición aniversario del diario *El Nacional*.

Visión caótica de lo externo: la ciudad y su ironización

¿Qué tiene de portátil este país que aparece a la realidad ficcional pero que posee su referente en la Venezuela de los años sesenta, con un régimen político denominado “democracia pluripartidista”? Desde el punto de vista político, el pasado tiene su importancia dentro de la obras. Se muda de un régimen político de opresión, caciquismo (la familia Barazarte, guerras entre godos y liberales), a un nuevo régimen de opresión y de neocolonización, aunque sus defensores plantearan lo contrario. Son

innumerables las expresiones portuguesas, italianas, y en inglés etc., que hay en la obra y que nuestro entender tienen como fin presentar todos los grupos humanos diferentes que confluyen en nuestras ciudades, y que contribuyen en cierta medida, al acosamiento del hombre por el medio y por ende su alienación. Son grupos tan diferentes en sus ideologías, cosmovisión, actitud ante la vida etc., que contribuyen a la deshumanización tan característica de las grandes ciudades. Los distintos medios de transporte que emplea Andrés para trasladarse a cumplir sus misiones políticas a lo largo de la novela: autobús, preferentemente (no es casual si se tiene presente que en él hay la posibilidad de que vayan más personas y si se ve en él la representación del caos urbanístico. Es un microcosmos que representa al macrocosmos: la ciudad), va en el carro por puestos, en el carro libre, llamado no por pura casualidad en la novela como taxi (término que en su momento era expresión de colonización yanqui). Todos ellos permiten al narrador presentar una visión del caos del tránsito capitalino, a través de collage, amalgama de situaciones, presentadas con violencia al rebelarse contra la propia estructura de la ciudad y que se nos impone a la fuerza. Se juega con la polisemia del lenguaje y con la enumeración caótica, con el objeto de presentar al lector esa visión de crisis y de caos propia de las grandes ciudades, que como ya hemos venido sosteniendo, absorben al hombre y lo alienan, haciendo de él un hombre-objeto, desprovisto de la dimensión humana y de toda identidad. El medio hace del hombre su objeto en la medida en que lo cosifica y frustra su vida. Andrés no puede cumplir su misión, en gran parte, porque el tránsito se lo impide, y llega tarde, cuando todo se ha perdido y ya ni siquiera tiene tiempo de huir. Es la ciudad que avasalla y que la novela cuestiona. Es el paso a una modernización incontrolada.

En cuanto a la ironización podemos decir que la visión que se presenta de Caracas es burlesca y sarcástica. Todo en ella se siente importado, nada autóctono y mucho menos auténtico, así, Andrés va caminando por una avenida de “álamos importados”. Las nuevas edificaciones, lo que se supone sea el progreso de la ciudad,

se ve como algo negativo. Un niño se cae por las escaleras del edificio, al desprenderse la baranda, cuestión que de paso sucede porque la familia estaba viendo televisión. El profesor Stanick habla sobre los falsos ideales de la ciudad, cuando dice: “Ideales son: vialidad-electrificación-turismo...”. Es una ciudad deshumanizada.

¿Ciudad mística? Ciudad de mierda, mejor. Se pregunta a cualquiera, al desarrapado, al triste, a quien ha hecho una sola comida hoy, a quien no entiende nada, a quien está parado en la esquina, a quien vive así no más y tiene el coraje de decir: “Aquí, vale, llevándola — sin acento en la á para que rime con bola”. “¿Pero, qué haces?” “¡Nada!” “¿Cómo nada?” “Sí... jodido pero en Caracas [...] Caracas es la sucursal del cielo!”

Donde quizás la ironización está más clara, es en el momento en que Andrés hace el papel de guía turístico, cuando una vez más trata de evadir su responsabilidad y olvidarse del miedo. Desea más bien encargarse de una actividad como ésta que no implica riesgos.

Aquí, apenas mecida por el agua, toda la porquería de la ciudad. Estas heces fecales fueron ninfas [...]. Hoy navegan convertidos en mierda címbalos y cipreses. ¡Qué se le va hacer! El servicio de Aseo Urbano obtuvo una concesión a largo plazo [...] esos superbloques-paneles, el balazo que mejora las policromías, la mugre acumulada sobre las escaleras: sustancia básica de la capacidad de rendimiento de nuestro pueblo [...] (p. 149-151).

País portátil incrusta al personaje en la ciudad y el presente y su acción se halla interiorizada, con una “anécdota mínima”. El sujeto del enunciado es el mismo sujeto de la enunciación; por ende, el narrador y el personaje son el mismo y aquél nos relata la historia desde una primera persona. Es lo que se denomina visión “con”, en donde el narrador se encuentra al mismo nivel de su personaje. Así, los juegos temporales de presente a pasado remoto, y a pasado reciente, y hasta si se quiere futuro, están en relación directa con lo que se plantea. Hay que recordar que al final de la novela Andrés Barazarte se adelanta a los acontecimientos cuando dice que

declarará, que dirá todo lo que sabe. En el espacio exterior, lo que estructura la novela es una anécdota mínima, centrada en un personaje que atraviesa la ciudad para cumplir una misión política que no se lleva a efecto. Andrés sale aproximadamente a la una de la tarde de la avenida Francisco de Miranda (El Este), y llega en la noche a Catia (El Oeste). Transcurre el relato en cinco horas aproximadamente. Aquí el “tiempo de la lectura” del que habla Todorov, se hace literario, se introduce en el relato, pues el sujeto de la enunciación tiene conciencia de esto, y en el presente narrativo nos lo va señalando. La anécdota se desarrolla en el presente y Andrés Barazarte, sujeto de la enunciación, va haciendo referencia al tiempo real que ha ido transcurriendo.

Media hora para atravesar Sabana Grande. Media hora para un poco más de siete cuabras. Deben ser las dos de la tarde. La hora del burro [...] y cuidando el maletín, que no se vea mucho porque parece que ahora el cierre comenzó a ceder (p. 79). Se han colado tres años, ya ahora estamos dispersos [...] hundidos, repartidos, perdidos o ansiosos, como yo en este autobús de mierda, sin comparación con lo que hacíamos antes (p. 177).

Conclusiones

En *País portátil*, hay una íntima relación entre el narrador y el universo representado, pues Andrés está presente en el universo evocado; el narrado es agente de la acción. Esta es la clave para la reconstrucción de los hilos narrativos que estructuran esta obra, que se van dando en forma alterna entre: un pasado remoto, uno reciente y el presente. La angustia, duda y miedo, como eje accional de Andrés Barazarte, origina el “tiempo existencial”, que como sabemos no se puede medir con el tiempo cronológico real. Es un tiempo interior, que lleva a Andrés a evocar su pasado, en busca de un asidero posible, sin lograr este beneficio.

Vista en la distancia por su autor, quien manifiesta hallarse anclado en *País portátil* porque reconoce en el 2007 el país:

[...] sigue siendo víctima de su incapacidad de comprender a cabalidad por qué se ha luchado siempre en Venezuela [...] Andrés Barazarte [...] sigue con sus dudas, con sus miedos, pero enfrentando la adversidad a través de las calles de Caracas con su maletín secreto (*El Nacional*. Papel Literario, p. 7).

Referencias

GONZÁLEZ, L. A. *País portátil*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1972.

HOLUB, R. C. *Reception theory: a critical introduction*. London: Methuen, 1984.

ISER, W. *The act of reading: a theory of aesthetic response*. Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 1978.

RICE, P.; WAUGH, Patricia. *Modern literary theory*. Oxford: Oxford University Press, 1996.

TODOROV, T. *Teorías del símbolo*. Monte Ávila Editores, 1991.

V. V. A. A. Nuestro caballero, Adriano González León. *Papel Literario*, El Nacional, 9 feb. 2008.